



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# ETIOLOGIA Y CRISIS DE IDENTIDAD EN LAS NEUROSIS INFANTILES\*

Por el doctor Aquilino M. POLAINO-LORENTE

Afrontar ahora y aquí el problema de la etiología de las neurosis supone hacer un gran esfuerzo sintetizador, al tratar de aunar los criterios ya clásicos —muchos de los cuales aún hoy resultan válidos— con otros mas modernos que apenas si puede decirse de ellos que sean criterios. Más bien debiéramos tomarlos como hipótesis de trabajo, cuya realidad última sólo el tiempo podrá sancionar.

Existe, además, una dificultad primera: la terminología. El empleo de la palabra neurosis es bastante contradictorio con el significado semántico y etimológico implícito en ella. Pero además, al tratar de penetrar en el otro concepto —la etiología—, nos encontramos con que el campo de sus significaciones se ve aquí muy ampliado, dadas las especialísimas condiciones de esta enfermedad psíquica.

\* Comunicación oficial a la XVIII Reunión Anual de la Sociedad Española de Neuropsiquiatría Infantil. Palma de Mallorca, mayo de 1972.

Por otra parte, en muchas de las definiciones emitidas acerca de las neurosis van implicadas no sólo la realidad que tal diagnóstico pueda representar, sino gran parte de su etiología, patogenia y tratamiento. El valor de la definición es así mayor aquí que en otras áreas de los conocimientos médicos. Quiero decir que al definir el concepto de neurosis inevitablemente el autor toma una postura determinante con respecto al quehacer psiquiátrico general. Sintetizando las distintas corrientes al respecto, nos encontramos con las siguientes principales escuelas:

*Escuela constitucionalista.* La representada por Kretschmer y toda una antigua dirección psiquiátrica, que valora fundamentalmente el polo biológico, cuyos epifenómenos vendrían representados por la aparición de unos estigmas corporales de origen diencefálico como consecuencia de un proceso de maduración asíncrono. Tomado este criterio en

su absolutez, reduciríamos las neurosis a un biologismo al cual le es imposible hacerse responsable de toda la rica psicopatología neurótica.

*Escuela conductista.* Representada entre otros por Sluchevski, quien interpreta las neurosis como un "trastorno de la interacción del segundo y primer sistemas de señales y la zona subcortical".

*Escuela psicoanalística.* Representada hoy por multitudes de haces diferentes, aunados todos ellos por una rica dinámica, según la cual en las neurosis estarían comprometidos factores ambientales y sociológicos (Schultz-Hencke), conflictos y complejos psicógenos (Janet, Braceland, Speer, Frankl, etcétera), alteraciones de la comunicación interpersonal o comunicosis, y la misma historia vivencial del ser en su totalidad.

*Escuela animista.* Representada entre nosotros por López Ibor, y para quien la mayor importancia etiológica de las neurosis recae en lo endógeno, centrando su atención en el

estudio de los estados de ánimo patológicos (timosis) como alteraciones de fondo endotímico-vital y en la angustia vital como infraestructura existente en todas las neurosis.

Una vez sintetizadas estas corrientes tan diversas, vamos a tratar de seguir adelante. Las neurosis podrían constituir muy bien lo nuclear de toda una patología de la identidad. Más tarde trataremos de penetrar en esta dimensión. Ahora interesa más bien hacer hincapié en la importancia que tal perspectiva puede arrojar en la comprensión de las neurosis infantiles. Al usar aquí el término de identidad no tratamos, por supuesto, de adscribir a él toda la responsabilidad etiológica en el problema de las neurosis.

Conviene aclarar desde el comienzo que nos hemos propuesto el estudio de las relaciones existentes entre neurosis y crisis de identidad, sobre todo en la infancia y adolescencia. La realidad clínica diaria nos presenta esta relación de un modo bastante estrecho. En unas ocasiones, la neurosis se superpone y evoluciona paralelamente al curso de esta crisis. Otras veces, el cuadro comienza porque el enfermo no acaba de entender el sentido de su propia existencia, ni siquiera sabe dar razón de sí mismo, acompañado todo ello de una gran angustia que, simultáneamente muchas veces, se somatiza cristalizando en los síntomas comunes de todos conocidos. Finalmente, hemos de tener presente que existen graves dificultades para diferenciar con cierta claridad una neurosis de una común crisis de identidad, como las que sobrevienen en la adolescencia o en este estadio primero de la adultez, representado por el estreno de la fase de posgraduado.

Para una mayor comprensión de la etiopatogenia y dinámica de las neurosis, vamos a tratar de bucear fenomenológica y antropológicamente en la realidad clínica de las mismas.

La neurosis, como afirma V. Weizsacher, supone siempre una crisis biográfica, y suele ser así porque el hombre necesita siempre dar razón

de sí mismo. Hay, pues, en todo lo humano, por escondido que esté aparentemente, una necesidad imperiosa de estar definido. Las neurosis como crisis suponen un intento de redefinición de sí mismo.

Algo hay en el hombre neurótico que entorpece esta posibilidad de desvelar la intencionalidad de su propio ser. Entre sus entresijos, algo está soterrado, causando esta distancia insalvable y sin sentido entre su propio ser y la vivencia de su identidad. Por ello, muy acertadamente, definía Jung las neurosis como "la enfermedad del alma que ha perdido su sentido". De aquí también que en lenguaje coloquial se describa el neurótico como el ser descentrado, es decir, el hombre que ha perdido el norte de su identidad. Ahora las contradicciones implícitas en el ser humano no acaban de encontrar su equilibrio estable. Los radicales contradictorios quedan levantados, dificultando el encuentro de una solución. Toda su visión del mundo queda desgarrada e inestable, porque no hay un proyecto en el que vertirse el propio ser y consumirse allí, fundiéndose en la concreta realidad. Ha surgido una enorme solución de la propia continuidad entre el ser y el tener, hasta el punto de que teniendo muchas cosas el ser no puede tener lo fundamental: poseerse así mismo, con lo que éste se disuelve sin razón y sin sentido.

Ahora bien, el ser del hombre no resiste su propio hurto. De aquí que siempre quede un horizonte —por pequeño que sea— prometedor de encontrar la identidad perdida. Gran parte de la fenomenología sistomatólógica queda sustentada sobre esta base. Su polimorfismo radica en la misma plasticidad del ser humano. Por ello, dice López Ibor que "realmente no hay neurosis, sino que cada hombre tiene su forma personal de convertirse en neurótico". Hay, sin embargo, una estrecha conexión entre cómo se vivencia esta crisis en el plano personal y sus manifestaciones en el plano personal, es decir, en la

naturaleza. En el primer plano, la síntesis de todos los contenidos vivenciales se especifican en la aparición de la angustia, que puede ser diferenciada de la angustia normal (lo normático, no como lo normal, sino como una nota sustantiva al hombre; y en cuyas diferencias no vamos a entrar aquí, por ser de sobra conocidas) y que constituye la "infraestructura" presente en toda la neurosis, de la cual desplegará toda la rica sintomatología neurótica.

La angustia deviene así en el puente de unión entre uno y otro plano, solidificándose en un sentimiento vital que, invadiendo al yo corporal, se manifiesta abiertamente al exterior por caminos siempre distintos y diversos, pero adscritos siempre a los dos planos —psíquico y somático— simultáneamente. De este modo siempre se da en las neurosis, junto a la fenomenología sintomatólógica más diversa, una alteración de la maduración de la personalidad que queda atenazada en aquella crisis. De todas las enfermedades que puedan adjudicarse el título de personales, la neurosis viene a ocupar siempre un puesto de primera fila.

Algunas veces, gran parte de la sintomatología arranca de la misma defensa que el yo ha levantado a modo de empalizada en defensa de la vivencia de su propia angustia. Mientras que el yo se entretiene en tejer estas defensas, se va distanciando inevitablemente del encuentro con su propia identidad, y con el tiempo puede quedar aprehendido en las mallas de su propia red, sin posibilidad de encontrar una vía de salida hacia la salud perdida.

Como dice López Ibor, "lo fundamental en la dinámica de las neurosis consiste, por consiguiente, en el enlace entre los planos personales y los apersonales del ser. En los planos apersonales del ser cursa la alteración endotímica vital, que constituye la subestructura neurótica y que en el plano vivencial aparece como angustia".

Y es que lo nuclear de las neurosis está ahí. Por una parte, todo sentimiento se acompaña en el hombre que lo padece de dos vertientes: por una parte sensorial, en la que la propia corporalidad se hace eco de estas resonancias y las percibe según su manera de percibir; es decir, mediante sensopercepciones, y en segundo lugar, este sentimiento que es la angustia, se acompaña de resonancias noéticas que quedan apreñadas en la tectónica espiritual de la persona a modo de vivencias, en cuya intimidad más profunda siempre, de alguna manera, existe un juicio de valor.

Ahora bien, las cosas no son tan fáciles como a primera vista parecen. Entre otros sentimientos y tendencias en el fondo endotímico vital se da siempre en toda persona humana un especial sentimiento que pudiéramos llamar sentimiento de sí mismo. Resulta difícil aún penetrar con toda claridad en el significado que tal sentimiento juega en la persona neurótica, pero es fácilmente presumible que el papel a desempeñar por el mismo sea suficientemente dinámico en esta problemática.

La preestructuración de tal sentimiento parte de áreas bien distintas de la persona. Tanto la vertiente pática como la noética, así como la sensoperceptiva se anudan allí firmemente. La constelación de radicales constitutivos de tal nudo gordiano se complementan y se imbrican densamente. Tomado en su vertiente noética el sentimiento de identidad marcaría, como escribe Erikson, la "continuidad progresiva entre aquello que ha llegado a ser durante los largos años de su infancia y lo que promete ser en el futuro, entre lo que él piensa que es y lo que percibe que los demás ven en él y esperan de él". Pero además, el hombre se percibe a sí mismo de un modo somático y forma una imagen de su yo corporal frente a lo que queda ligado efectivamente, a la vez que dicha imagen modifica la imagen intelectualizada y repleta de futurización que de su propio yo posee.

A la vez, tal sentimiento anda a caballo entre el ideal de encontrar la propia identidad o la aspiración cierta de conquistar la concreta originalidad. El juego dialógico entre ambas tendencias queda irresuelto en el neurótico. Todo parece encaminarnos a comprender por qué en el neurótico este sentimiento queda escindido. No se da en ellos el sentimiento de estar cómodo en el propio cuerpo, ni la seguridad en la intimidad que presienten anticipadamente lo que tiene sentido para sí.

Tendríamos que plantearnos en este punto si todo ello es sólo una consecuencia de la angustia o, por el contrario, ésta es consecuencia de aquello. En general, y salvando las dificultades que tal planteamiento extremo supone, podríamos contestar que ni lo uno ni lo otro, sino los dos simultáneamente. Quiere esto decir que la vivencia de la angustia y el sentimiento de identidad concurren simultáneamente y se relacionan recíprocamente, resultando inútil acentuar un polo para desacentuar el polo opuesto.

Al faltar la solicitud de tal sentimiento, la confiabilidad en el propio yo se desvanece, así como la vitalidad, e incluso resulta difícil comprender de una manera abierta "en la luminosidad del ser", como diría Marcel, lo que los otros representan o signifiquen ahora para el enfermo. Pero esta falta de confiabilidad en uno mismo tiene un significado más hondo, el de que la sustentación en la mismidad y continuidad propia ya no es posible. De aquí la radical inseguridad que encontramos en bastantes de estos enfermos. "Otras veces la amenaza la siente el sujeto como si algo le faltara bajo sus pies, como si no pudiera seguir subsistiendo." Son formas distintas de experimentar la nada, así como sus vivencias discretamente teñidas de un tinte depresivo que se verbalizan como un "estar vacío", o un "no servir para nada". Necesita, a pesar de todas estas vivencias, seguir apostando por el ser que es, y ello le hace excesivamente dependiente de los demás. La

desconfianza en el sí propio es sustituida por una excesiva confiabilidad en el otro: pero en tanto en cuanto el otro cimenta esa especie de confiabilidad vicaria en el propio ser. Y de aquí también la excesiva vulnerabilidad de estos enfermos, así como su excitabilidad, su irritabilidad e hipersensibilidad. El establecer esta forma de relaciones con el otro, tan dependiente por su excesiva capacidad de confianza, es frecuentemente una fuente más de conflictos.

La alteración en las neurosis, según estamos observando, radica en la alteración que se produce en "cómo se encuentra el ser a sí mismo". Es verdad que el ser siempre es referencial, por ello secundariamente existirá también una alteración de las relaciones con el mundo "Mitwelt" de los autores alemanes). Pero ello, insistimos en que es una consecuencia secundaria y no el núcleo fundamental de la neurosis. Esta asienta primariamente en los estados del ánimo. Pero "encontrarse a sí mismo" es la experiencia básica de la identidad. Y al modificarse patológicamente tal sentimiento se altera el núcleo esencial de lo que él es, no pudiendo, en consecuencia, dar razón de lo que él sea, ni siquiera en muchos otros casos de lo que él hace.

Ese no poder dar razón de sí mismo convierte al ser muy próximo a los límites de la vivencia de la nada. El ser aún no es la nada, pero tampoco puede afirmarse de él que sea el ser. Tan imperiosamente amenazante resulta la vivencia de la angustia, como Heidegger definiera mapor la sobrecarga de la angustia. Y el gístralmente como "aquel miedo, aquel horror ante el abismo de nuestra conciencia". En esta atmósfera, el yo queda deshilachado en su continuidad histórica, y la unidad del yo estalla en multitud de contenidos contradictorios y distintos apenas hilvanados. Ahora, la consistencia del ser, falto de identidad y arrastrando una existencia anónima e irreconocible, no es tal. Porque es imposible

medir al ser (identidad) incluso ni relativamente, porque ni siquiera el mundo de los objetos tiene estabilidad ante el neurótico. Y esa presencia de las cosas en la existencia (en que consiste la consistencia) resulta ser una presencia alejada y opaca por la sobrecarga de la angustia. Y el ser queda a merced de sus instintos ahora imposibles de dirigir y a merced de las cosas que, por distantes y oscurecidas, no se dejan aprehender. En síntesis, el hombre neurótico dimite, en cierta manera, de su existencia personal para instalarse en una existencia apersonal y vulgar; la de su corporalidad repleta de síntomas.

Pero, inevitablemente, se tiene que identificar con algo, y este algo, en muchas ocasiones, es su propio cuerpo enfermo. Lo que en la terminología eriksoniana no sería otra cosa que una identificación negativa. Así, aquella preestructuración vivencial va tomando cuerpo en el hombre neurótico, invadiendo todos sus estamentos, desde los más diferenciados hasta los más groseros después, terminando por tomar posesión la misma angustia de la dirección de la existencia.

Este presentimiento de dejar de ser en el plano personal es en el fondo lo que manifiestan los enfermos con su miedo a la muerte y la locura. Y lógicamente tiene que ser así. La locura y la muerte, en el fondo, no son otra cosa que una pérdida del control del yo, mediante la cual la decisión por llevar a la realidad una determinada posibilidad es ahora imposible. El ser queda así mecido por un huracán de posibilidades ante las cuales no puede ejercer la libertad, aun a pesar de seguir existiendo, y ello es lo que radicaliza la penosidad de la angustia, una conciencia vaga del recuerdo de la pérdida de identidad, que se manifiesta como "un miedo a los instintos desencadenados, al monstruo que se lleva dentro, es el miedo a dejar de ser uno mismo, a alienarse o a enajenarse". (L. I.)

Hasta tal punto dimite el hombre neurótico de su existencia personali-

zada que, como ha dicho Condrau, a propósito de las neurosis, son "enfermedades que impiden al hombre ser hombre". El acento recae, además, como una cierta desesperación, ya que, si el hombre neurótico se aceptara en este estado, en cierto modo se identificaría con algo y conquistaría por esta vía su propia identidad. Pero con lo único que se identifica negativamente es precisamente con esa vivencia angustiosa, que por lo mucho que tiene de angustiosa destruye lo poco que tuviera de identidad. Esto, aparte de considerarse inviable a la posibilidad de que el ser del hombre se identifique con un remedo del casi-no-ser.

Al operarse esa disminución en la energía del yo o ego-poiesis, la propia corporalidad angustiada toma la dirección de la nave perdida en un mar tormentoso de tendencias y de instintos sin ninguna dirección y sin ningún sentido.

A lo largo de esta breve exposición hemos asistido al derrumbamiento de la identidad en el enfermo neurótico. Hora es, pues, de que nos preguntemos acerca de cómo parece formarse aquella en espera de encontrar una luz nueva que ilumine nuestro problema.

En el proceso de la formación de la identidad hay que partir de unas premisas que resultan ser incuestionables. La formación de la identidad no termina nunca. Decía Kant que el hombre "siempre es el mismo, pero nunca es lo mismo". En esta frase está condensado en gran parte algo de lo sustancial de la correlación dialógica que se establece entre el ser y su identidad. Parece ser que el proceso comienza con el primer encuentro entre el hijo y la madre, allá en los primeros estadios evolutivos de la primera infancia. Pero el hijo es una sustancia que deviene y se realiza haciéndose a sí mismo, como muestra clara de su apertura y plasticidad, de su libertad e indeterminación. Junto a esta nota, ha de tenerse en cuenta el papel que desempeña la cultura que le rodea,

donde siempre es identificado como un "alguien" concreto, sujeto de derechos y deberes, de errores, apariencias y compromisos. Y otra variable además debe tenerse en cuenta: lo constitucional y lo heredado, de cuya carga apenas el hombre logra emanciparse.

Ya se adivina que la formación de la identidad responde a multitud de dimensiones en cuya exposición no podemos ahora penetrar. Sólo a capítulo de recuerdo trataremos de pasar revista a los rasgos más significativos.

Uno de ellos es consecuencia de los modelos que al hombre se le presentan en el horizonte personal, en el intercambio social al que constantemente está sujeto. Gran parte de nuestra conducta responde a especie de segunda naturaleza que algunos antropólogos alemanes han dado en llamar Kulturvolker". Es la vertiente aprendida de la conducta que no finaliza sólo en el aprendizaje de unas normas, sino que llega más lejos, al interiorizarse aquéllas y fundirse con el "endón" heredado. En este punto es necesario diferenciar entre la identidad personal y la identidad del yo personal. El sentimiento consciente de tener una identidad personal se basa en dos observaciones simultáneas: la percepción de la mismidad, continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio, y la percepción del hecho de que otros reconocen esa mismidad y continuidad. Sin embargo, lo que he denominado identidad del yo se refiere a algo más que el mero hecho de la existencia; es, por así decirlo, la cualidad yoica de la existencia. En consecuencia, la identidad del yo, en su aspecto subjetivo, es la conciencia del hecho de que hay una mismidad y una continuidad en los métodos de síntesis del yo, o sea, que existe un estilo de la propia individualidad, y que este estilo coincide con la mismidad y continuidad del propio significado para otros significantes de la comunidad inmediata,

como se llega a la identidad profesional, social, sexual, corporal, religiosa, familiar (matrimonio), etcétera. Habría, además, que diseccionar esta identidad holística en el abanico multiseccional de funciones del yo en que se afina y diferencia aquél, como es el campo social, profesional, cultural, religioso, etcétera. Muchas de estas funciones dependen, por otra parte, de aquellas primitivas identificaciones que el niño hizo al principio, en función de rasgos de carácter, ideales y hábitos encontrados en otras personas o en la imagen ideal con respecto a la cual debería devenir una futura identificación positiva, que le inclinaron a una elección radical y que, andando el tiempo, pertenece a uno de sus constitutivos esenciales.

Muchas de estas imágenes modelicas se revalidan en períodos concretos de la vida, como son la adolescencia, el ingreso en la adultez o la vejez, ante el yo que actúa como sintetizador, tratando de establecer una "gestalt" personificada y única en donde se acune la específica mismidad y un cierto tipo de manera de ser referencial con respecto al mundo. Al sintetizarse todas estas vertientes, en cierto modo el yo queda ya caracterizado simultáneamente. La conclusión de tal síntesis es el encuentro con un sentido concreto que intenta dar razón de cuanto se es, se hace y se piensa realizar. Sobre este resultado se va a montar la propia madurez, siempre dirigida por el yo en sus funciones de "configurar paso a paso lo dado constitucionalmente, las necesidades libidinales idiosincrásicas, las capacidades privilegiadas, las identificaciones significativas, las defensas efectivas, las sublimaciones exitosas y los roles coherentes" como dice Erikson.

Más tarde, el yo puede haber conquistado, de esta manera, la madurez perseguida, y con la madurez, la fortaleza para gobernar y dirigir todas las tendencias propias y ajenas, y defender la propia identidad establecida.

Queda, pues, claro que, en todas aquellas situaciones en que el hombre atraviesa por los desfiladeros esenciales de su historia biográfica, las posibilidades de sufrir una crisis de identidad son siempre mayores. Igual sucede cuando la angustia constriñe al ser hasta aprisionarlo en una casi presencia de la nada. Ambas son situaciones muy favorables para que el hombre haga su propia neurosis.

Pero nos habíamos propuesto hablar de la etiología de las neurosis, por lo que nos vemos obligados a regresar al comienzo de nuestra exposición para preguntarnos abiertamente: ¿Por qué el hombre deviene algunas veces neurótico? Y la contestación no tiene más remedio que ser muy compleja: En la etiología de las neurosis intervienen una multiplicidad de factores que pueden adscribirse de un modo más esquemático a las tres corrientes científicas siguientes: psicoanalítica, constitucionalista y timo-psíquica.

La primera corriente aglutinaría a aquellos factores conflictivos, los cuales han sido reprimidos gracias a la angustia que más tarde actuará como el motor que ponga en marcha la enfermedad.

Las corrientes constitucionalistas acentúan más aquellos factores psicológicos genotípicos y fenotípicos. En la actualidad se tiende a no admitir el énfasis con que se defendía antaño esta hipótesis.

Finalmente, la corriente timo-psíquica, hoy de imperiosa actualidad, pone el acento en los estados de ánimo patológicos, cuyo representante más fecundo y genuino sería la angustia neurótica que hunde sus raíces en la estructura endotímica del ser.

Todas estas corrientes científicas ponen de acuerdo allá en de la persona, en el plano de la vitalidad. Es muy posible que en un futuro próximo se especifiquen las relaciones existentes

entre los distintos planos del hombre afectado de neurosis.

Aquí sólo hemos pretendido enfocar las distintas versiones científicas, haciendo especial hincapié en la descripción fenomenológica de las crisis de identidad que se manifiestan en el plano personal a consecuencia de vivencias de angustia neurótica afincada en los estratos apersonales del ser, es decir, en el estrato endotímico-vital.

Un ejemplo muy significativo es el que habitualmente encontramos en las neurosis juveniles y en los adolescentes. El estudio de estos enfermos resulta ser especialmente valioso, por lo frecuente de estas crisis, debido, en gran parte, a las constantes vicisitudes por las que el desarrollo global de su personalidad le encaminan y le imponen.

Conviene al quehacer psiquiátrico tener siempre en cuenta esas situaciones vitales por las que todo individuo pasa en busca de su desarrollo psicogenético propio, es decir, con el punto de mira puesto en la conquista de su personal identidad.

Ante estas etapas, las posibilidades neuróticas —que siempre estuvieron agazapadas y a punto para saltar los estratos superiores del ser, en su plano personal— invaden ahora otras fronteras, haciendo difícil la definición entre la salud mental y la neurosis.

Dichas etapas han sido clasificadas y estructuradas por Erikson según el siguiente diagrama epigenético del desarrollo de la identidad.

La comprensión etiológica y dinámica de esta enfermedad exige la intervención de factores de otra índole que dinamizan cada una de las etapas apuntadas anteriormente. Estos factores sí que han sido ya desvelados al principio, al tratar de los diferentes puntos de vista científicos en la etiología de la neurosis. En el siguiente cuadro quedan resumidos sin un afán de agotarlos:

## ESQUEMA ETIOPATOLOGICO Y DINAMICO DE LAS NEUROSIS

### Factores

- Constitucionales*  
(Kretschmer)
- Ambientosis. Sociosis*  
(Psicoanal. Schultz-Hencke)
- Conflictos psicógenos*  
(Psicoanal. Janet. Braceland)  
(Frankl. Speer, etcétera)
- Reflexológicos*  
(Sluchevskii)
- Historia vivencial del ser*  
(Psicoanal. Freud)
- Comunicosis (psicoanal.)*
- Alteraciones del fondo endotímico-vital* (López Ibor)



### NEUROSIS

#### Plano apersonal

Angustia vital y sus manifestaciones sintomatológicas correspondientes

#### Plano personal

Crisis de identidad

1. Como vía de ingreso en la neurosis.
2. Como cristalización sintomatológica del estado de enfermedad neurótica.
3. Como fenómeno residual (vía de salida) al padecimiento neurótico.

Las crisis de identidad representan, pues, un nudo gordiano en la etiología de la neurosis. Unas veces actúan como vía de entrada en las neurosis; otras, como la cristalización en los planos superiores de la sintomatología del estado de enfermedad neurótica, para, en otras ocasiones, venir a representar la vía de salida de las neurosis como fenómeno residual al procedimiento neurótico, que, por supuesto, conviene seguir tratando psicoterápicamente.

Por ello se presenta absolutamente necesario el empleo de la psicoterapia en el trato de las neurosis, ya que, en definitiva, ella será la que modifique esas crisis de identidad que supone en tantos casos el eje vertebral de la enfermedad neurótica en su aspecto etiológico, sintomatológico o residual.

Mi experiencia personal en estos casos, sobre todo en adolescentes y jóvenes neuróticos, así me lo viene sugiriendo.

### BIBLIOGRAFIA

- Alonso-Fernández, F.: *Fundamentos de la Psiquiatría actual*. Ed. Paz Montalvo, págs. 5-83, 87-88, 819 y ss. Madrid, 1968.
- Kretschmer, E.: *Medizinische Psychologie*. 12. Auf. Thieme, 12. Stuttgart, 1963.
- Sluchevskii, E.: *Psiquiatría*. Ed. Grijalbo. Méjico, 1960.
- Schultz-Hencke, H.: *Lehrbuch der analytischen Psychotherapie*. Thieme. Stuttgart, 1951.
- Janet, P.: *Les névroses*. Flammarion. París, 1927.
- Braceland, F. r., y Stock, M.: *Modern psychiatry*. Doubleday, Co. New York, 1963.
- Frankl, V. E.: "Existenzanalyse und Logotherapie". *Act. Psych.*, 8 (1960).
- Speer, E.: *Die Liebesfähigkeit*, Lehman. München, 1937.
- Weizsacker, V. V.: *Der Gestaltkreis*. Thieme. Stuttgart, 1943.
- López-Ibor, J. J.: *Las neurosis como enfermedades del ánimo*. Ed. Gredos. Madrid, 1966.
- Bion, W.: *Experiencias en grupos*. Paidós. B. A. (1963).
- Eliade, M.: *Mitos sueños y misterios*. Paidós, B. A. (1969).
- Greenacre, P.: *Trauma desarrollo y personalidad*. Hormé, B. A. (1962).
- Lain Entralgo, P.: *Enfermedad y pecado*. Toray. Barcelona, 1962.
- Fontana, A.: *Psicoanálisis y cambio*. Flor, B. A. (1971).